

# La Escandón

TEXTO: GUILLERMO FADANELLI

El movimiento en las calles crece conforme nos acercamos a mediodía. Es José Martí una de las calles más transitadas: fondas, cantinas, loncherías, pescaderías, tlapalerías, verdulerías, mercado. Compro el periódico antes de que la encargada abandone el puesto para ir en busca de sus hijos a la escuela. Las noticias no me sorprenden, son las mismas desde hace cuarenta años. Es más probable encontrar cambios en una lápida que en el contenido de un periódico. Recorro la calle con el único afán de moverme, pese a que desde hace varios años me mantengo estancado en el lugar de siempre. Yo mismo soy como la primera plana de un periódico.

En una novela he leído que el personaje amaba dos cosas más que nada en el mundo: caminar y entablar amistad con un ser noble. Ahora que avanzo sobre la acera recuerdo esas palabras con sorprendente intensidad. Camino tanto que mis zapatos se ven viejos desde el segundo día de comprados. No camino porque tenga contemplado un destino, sino porque me da miedo estar quieto más de unos minutos. En mi casa no dejo de moverme ni siquiera cuando estoy comiendo. Muevo los pies bajo la mesa o invento algo para ir a la cocina. De lo contrario me siento incómodo. Temo incluso que estando muerto continúe moviendo los huesos.

Conocer a una persona noble es tanto como volver a nacer. Carece de importancia si se marcha apenas la has conocido, o si no se interesa por tu amistad. Mi madre, que hacía migas con tan pocas personas, se encontraba de pronto con uno de quien afirmaba: "Ese hombre tiene buenos sentimientos". Ella reconocía a la

gente noble casi sin haberla tratado. Los hijos no sabíamos por qué razón establecía amistad con una persona mientras que con otra, en apariencia más simpática, se mantenía a distancia.

En la calle José Martí caminan sobre todo mujeres que van al mercado, a la escuela, meseras menudas con platos humeantes en la mano, señoras que hacen rendir su dinero como no lo haría nunca el mejor de los economistas. En mis caminatas acostumbro mirar a los ojos de los peatones. Quiero saber si todavía es posible encontrar a un ser generoso. A veces, cuando menos lo espero, cierta mujer me devuelve la mirada y en ese momento descubro en ella a una persona noble. Cada vez es menos sencillo que esto suceda. A casi todos el miedo nos hace hoscos, belicosos.

Un hombre de camisa blanca espera en una silla a ser recibido por un médico que no le cobrará más de veinte pesos la consulta. Lo observo de manera discreta para no revelar mi presencia. Se ha quitado el saco. Lo coloca doblado en dos sobre sus piernas. El consultorio se encuentra en José Martí, a una cuadra de Patriotismo. Es uno de esos hombres que no poseen medios suficientes para procurarse salud. De pronto levanta la vista, me mira. Es un hombre de buenos sentimientos, pero sus ojos están llenos de tristeza. Sigo de largo hasta mi casa. •

GUILLERMO FADANELLI

Ciudad de México, 1964. Narrador y ensayista, su libro más reciente es *Plegarias de un inquilino*, publicado por Cal y Arena.